

arte ha sido una de las más afortunadas conquistas del pensamiento europeo en los últimos cien años. Y a medida que la integración de los conceptos histórico-artísticos en la filosofía general de la Historia se hace más activa y completa, la importancia de estos estudios se pone cada vez más de relieve, a través de la espléndida fecundidad de los resultados obtenidos.

Entre una postura extrema, como la de Cornelius generalizando las categorías básicas de la evolución del arte, y la grave omisión de la historiografía anterior a Burckhardt, prescindiendo casi por completo de aquellas categorías para comprender el funcionalismo total de la Historia, hay un preciso y pulcro término medio: es necesario contar sustancialmente con los resultados de la filosofía del arte para integrar la filosofía general de la Historia, sin incurrir en el error de convertir en universales y trascendentes las categorías immanentes de la evolución artística.

Pensemos, por otra parte, que un gran sector de las doctrinas formuladas desde Burckhardt hasta nuestros días para explicar la historia del arte, se ha orientado exclusivamente al estudio de la estructura formal de la obra artística, situando el centro de atención de todas las indagaciones en la evolución de las formas y las posibles leyes de esa evolución.

La personalidad del artista, la acción de su libertad estética operando sobre la materia, ha quedado relegada a un supuesto tácito, y en ocasiones ha sido incluso expresamente negada.

Y, sin embargo, a pesar de esa orientación formalista y objetiva de la teoría del arte, se ha evidenciado que el mundo de las formas artísticas es, más que ningún otro, el mundo de la voluntad, siquiera esa «voluntad» haya

